

nado para más atormentar á los Reyes, y éstos descendían, más airosos que humillados, confundiéndose sus figuras distinguidas, sobre todo, las figuras de aquellas mujeres tan hermosas con las figuras de sayones y espías y esbirros y calaboceros y ayudantes del verdugo en infernal contraste. Las puertas del Temple se cerraron tras los Reyes como caen las losas de los sepulcros sobre los muertos. Aun hubo, después de parecer agotadas todas las crueldades, un acto bien cruel. Componíase la fortaleza de palacios, de capillas, de casas, de población copiosa, que constituían casi una ciudad. Por consecuencia pudieron los cautivos ser alojados en salones ó alojados en calabozos. Al pronto los condujeron al Palacio, bien aderezado y compuesto, como residencia del conde de Artois, que lo habitaba cuando iba desde Versalles á residir algún tiempo en la capital. Y como el Palacio mil comodidades ofrecía y anchos espacios daba de suyo á una fácil instalación de los cautivos, Luis XVI, creyéndose instalado allí con los suyos, se puso á la obra de distribuir las habitaciones y señalar á cada cual de los encerrados aquel cuarto que más le convenía y le cuadraba. Fácil á toda impresión optimista, difícil para todo combate intenso, habíase ya conformado con la suerte adversa y parecíale un edén el Temple comparado con el Congreso, cuando le dicen que allí únicamente podía detenerse para cenar, pues la residencia definitiva suya y de los suyos no estaba en el Palacio, estaba por designación del Ayuntamiento en la fortaleza. La frente del Rey se inclinó sombría y triste de nuevo al peso de semejante desengaño, mientras Antonieta con soberbio desdén se sonreía, indicando al Rey quiénes eran sus vasallos, quiénes eran aquellos franceses que tanto él amaba y ella tanto aborrecía. Con efecto, concluida la cena, los calaboceros, sonando las siniestras llaves que parecían cadenas, condujeron los Reyes al castillo y los encerraron á una con toda su comitiva en los calabozos.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-TERCERO

La Comunidad revolucionaria y la guerra europea

o puede adivinarse hoy, á tan corta distancia en el tiempo, cuál profunda emoción despertaría por Europa entera noticia tan tremenda, como la que divulgaba un cambio en los sentimientos y en las ideas tan profundo, que los reyes, adorados antaño como fetiches por pueblos idólatras, pasaban ogaño (Agosto del 92) desde los pavimentos del viejo palacio de sus mayores á los pavimentos del negro calabozo de los criminales, entre los revueltos oleajes y los vertiginosos giros de un huracán, desatado por las cóleras de aquellos mismos que los creyeron un día sus dioses. La costumbre da sobrepuesta compleción á las sociedades y á los individuos, tan arraigada en ellos, como podían estarlo su índole nativa y su carácter fundamental. Desde la segunda mitad del siglo décimo-tercio hasta la primera mitad del siglo décimo-sexto, la Monarquía luchó con los caballeros feudales, para predominar sobre los hombres y adquirir la naturaleza de órgano supremo en el Estado, pugnando todo lo posible por conseguir para este organismo aquella superior unidad, contrastada siempre por los fraccionamientos del poder público en la Edad Media, cuyos siglos y cuyas generaciones erigían fuerte castillo sobre cada roca un poco eminente y sobre cada castillo, levantado á fuerza de armas, una soberanía política, militar, judicial, con todos sus atributos esenciales. Poder destinado en la mecánica social, fuerte como la suma de fuerzas que constituye la mecánica celeste, á libertar los humildes de sus inmediatos opresores, no podía menos que añadir á su autoridad intrínseca otra concedida por los pueblos con su gratitud natural á quienes los sirven y los prosperan. De modo que, aun



olvidando la duración del principio monárquico en la Historia y en la vida modernas; su coexistencia entre nosotros con el Imperio romano; su antelación al cristianismo llegado más tarde que ella con los primeros césares; su paso á las jefaturas del pueblo germánico y sus imitaciones, tras los triunfos del pueblo germánico, de la corte y de la realeza bizantinas; el teocrático carácter que tomó en las teocracias y el carácter feudal que tomó en el feudalismo; la Monarquía, desde los siglos décimo-tercio y décimo-cuarto, hasta los siglos décimo quinto y décimo-sexto, fué popular entre los últimos estados ó capas sociales, por su alianza estrecha con los pueblos contra la nobleza, poseedora de privilegios y prerrogativas tan dañosos al Rey como á la plebe. Por este servicio inmenso, al advenir el triunfo definitivo de la Monarquía, triunfo demostrado por el carácter absolutista que tomara en la décima quinta centuria, los nobles aparecieron domésticos y los pueblos vasallos del Rey. Así la sociedad francesa, tras el esfuerzo de Luis XI contra los nobles y el triunfo de semejante Rey sobre los nobles, fuera cuarto plugo á sus reyes que fuese: con los primeros Valois artística y sensual y caballeresca, mientras con los últimos fanática y supersticiosa y batalladora y reaccionaria en materia teológica; española y frondista con Ana de Austria, después de haber sido con Luis XIII y Richelieu muy enemiga de nuestra España en los combates religiosos y en los tratados subsiguientes á estos combates; casi luterana con Enrique IV y casi jesuítica con Luis XIV, sobre todo en la segunda mitad del reinado de este último; anti-jesuítica y filósofa con Luis XV y los suyos, en quienes concluyó el predominio de la Realeza; y dando sus frutos el auxilio concedido, primeramente por el jefe de los Borbones á los luteranos, y el auxilio concedido después por Choiseul á los filósofos, tras la persecución al jesuitismo, y el acabamiento de la Compañía; las ideas se convirtieron en viento huracanadísimo y desarraigaron el poder real, que las había bajo los paños de sus solios amparado y desde las gradas de sus tronos difundido por toda la redondez de nuestra Europa, con especialidad en las fases capitales del siglo último, que produjo con su pensamiento la Enciclopedia y con su esfuerzo la Revolución. Todo, hasta en el popular lenguaje, demuestra lo arraigadísimo del principio realista en las costumbres populares y lo habituada que vive la plebe á considerar al Rey esencia de su propia sustancia, espíritu de su alma propia. Palabra real decimos á la que nunca se desmiente, ni falta; ya puede ser más republicano que Franklin un orador, si habla bien, le llamarán el Rey de los oradores; á cualquier guapa moza, siquier sea moza de cántaro, diránle una real moza; el industrioso dado á extender y acreditar sus productos, por ejemplo, mixturas, como la indispensable al tintero, asegurará ser su tinta la reina de las tintas; y á casa, donde no se puede habitar por riñas entre los matrimonios, gritos y carreras de los chicos, voces de los criados y batallas continuas domésticas, calificaremosla hoy mismo, los más radicales, por habituados al vulgar lenguaje, calificaremosla de esta suerte: «Aquello es una República». Bajo tales costumbres, nada tan fácil como

suponer ahora mismo la emoción producida en todo el mundo monárquico por las escenas revolucionarias de Francia: un Palacio asaltado; una guerra en regias escaleras entre los suizos de la Monarquía y los milicianos de la plebe; aquella huída del Rey al Congreso entre insultos; el decreto que lo suspendía y llamaba la Convención; el tormento de los días pasados dentro de la tribuna nicho; el potro donde se descoyuntaban los cuerpos y se desvanecían las almas de inocentes niños y débiles mujeres; los debates acerca del destronamiento sostenidos ante los destronados; la reclusión de estos en unas celdas, entre miserias, cuando habían sido predilectos del poder y de la fortuna; calles de amarguras más largas que las calles de Jerusalén; noches más tremendas que la noche del huerto; tardes más siniestras que la tarde del Calvario; pasos de pasión más dolorosos que los pasos de la pasión del Salvador; aquel entierro de reales personas vivas en los calabozos del Temple, como si fueran cadáveres; aquella implacable justicia de todo un pueblo á sus antes idolatrados monarcas.

Fuera los golpes de dentro repercutían á una con siniestra repercusión. Fuera se veía cómo los ídolos rodaban, pero no se veía la causa del desplome. Fuera se renegaba y maldecía de una plebe, tan subvertida, sin parar mientes en que la sublevaron los Reyes. Estos habían recibido el encargo de fundar la libertad humana, y no hicieron más que conspirar contra la libertad; habían heredado el encargo de velar sobre la patria intangible, y no habían hecho más que abrir las puertas de Francia con cínicos procederes al invasor y al extranjero. En vano se leían los documentos que probaban la traición del Rey al derecho, la entrega criminal hecha por los Reyes del territorio patrio al bárbaro irruptor. Nada se quería tomar en cuenta por la opinión europea. Aunque la célebre despedida de los ministros parlamentarios y su reemplazo con los ministros realistas mostraba cómo el Rey no quería nada con la libertad, ni con la Constitución; aunque aquellos horrorosos llamamientos de los extranjeros, por cuya victoria se dirigía en los regios rezos toda clase de oraciones al cielo y sobre cuyo avance todas las esperanzas regias se ponían, revelaban que con los Reyes no eran factibles ni los derechos humanos ni la Francia soberana é íntegra, y que se necesitaba pasar sobre los cuerpos de la dinastía para obtener uno y otro bien verdadero, con los que no sabía la familia real otra cosa hacer sino fulminarles anatemas y oponerles conjuras; el mundo entero erre que erre en imaginar al Rey un cordero inmaculado é inocente, al pueblo un tirano y un verdugo implacable. Al par de saber el castigo, debieron saber también la culpa los gobiernos europeos. Que hubo en el castigo refinamientos de crueldad antropofágica, no puede, no, desconocerse; que había sobrada culpa en los Reyes y crímenes de traición sobrados á la patria cometidos por ellos, tampoco puede negarse. En las sesiones del Congreso, aquellos días celebradas, consta que firmaba el Rey con la misma pluma reprobaciones al proceder seguido por sus hermanos desde la emigración indigna contra la libertad y cartas invitándoles á romper en armas



por las fronteras patrias, que dedicaba el Rey los dineros votados por el Congreso como cuantiosa dotación de la casa real en pagar libelos llenos de calumnias contra el mismo Congreso, tan pródigo en alimentarlo; que sancionaba por fuerza leyes como la ley disolviendo el Cuerpo de Guardias reales y luego mantenía estos organizados en daño del pueblo y los mantenía con su lista civil; que acababa de firmar el tesorero adscrito á la corona un bono la mañana del seis de Agosto, en pago por su pensión al conde de Artois, quien ya estaba mangoneando maniobras patricidas y dirigiendo tropas irruptoras en las fronteras ocupadas por gentes expedidas contra la Constitución y contra la Francia. Yo requiero de quienes entonces, á grito herido, condenaban el proceder de Francia, si en una irrupción del extranjero dentro de la tierra propia, hubiesen hecho menos. Todavía el problema de la libertad tocaba sólo al derecho individual de cada francés que podía sacrificarlo á su guisa y gusto, pero el problema de la integridad tocaba por su parte á toda Francia, y era indispensable salvar la totalidad del territorio nacional, aun á costa de los mayores y-más cruentos holocaustos. ¿No encareciera la Biblia, que creemos revelada por Dios mismo, sacrificios en aras de la patria israelita idénticos á los sacrificios hechos por Francia en esta ocasión? Las trompetas de Jericó; la ruina del templo filisteo por las fuerzas de Sansón; el cántico de la fuerte Débora; el degüello de los innumerables invasores que cayeran sobre Palestina; los castigos aplicados á Baltasar y á Faraón y á Sardanápalo y á Nabucodonosor; la consagración como un trofeo divino del alfanje con que Judith corrió la cabeza de Holofernes; el premio de perpetuas alabanzas concedidas á los Macabeos, tan batalladores, enseñan cómo la Biblia divina se parece á la revolución francesa en que lo permite todo y lo perdona todo á quien defiende, siquiera sea por el crimen, la libertad y la patria. Exacerbados por las Cortes europeas, salieron á la defensa de sus derechos, los anatematizaron sus propias impulsoras por los actos crueles cumplidos en los arrebatos de una exasperación que habían despertado y recrudecido la coalición realista y las tremendas irrupciones germanas.

En las guerras de aquella revolución universal encuentra el observador dos elementos combinados: un castigo á crímenes seculares, que no podían impunes seguir, y una siembra de bienes progresivos, que no podía menos de allegar la sociedad en su desarrollo y en su crecimiento. Como Francia comenzó la guerra, por lo menos la declaró, si bien después de amenazas terribles y provocaciones continuas de parte de sus enemigos, Francia ocurrió á la formación de un ejército, sobre cuya historia debemos detenernos algún tiempo, no solamente porque dentro de Francia fué un verdadero compensador al desfreno y anarquía; porque fuera de Francia fué un apóstol en armas, que difundió los grandes dogmas de la libertad y aseguró los triunfos perennes de la democracia. En este momento, historiado por nosotros, estío del noventa y dos, Agosto, las fuerzas militares

de Francia, en su conflicto con Europa, estaban en la siguiente manera distribuidas: al Norte, comandaba Rochambeau cuarenta mil infantes con ocho mil caballos; en el centro, Lafayette cincuenta y cinco mil infantes con siete mil caballos; sobre la ribera del Rhin, desde Lautemburgo á Basilea, el mariscal bávaro Lukner treinta y cinco mil infantes con ocho mil caballos, mientras, por el Mediodía, guardaba la línea de los Pirineos y las bocas del Ródano Montesquieu con unos cincuenta mil soldados. Numeroso este patrio ejército, faltaba la disciplina, porque ideales novísimos entonces, entraban en su seno y sustituían un tanto al principio de obediencia pasiva el principio de obediencia voluntaria; principio éste adaptable á los cuerpos civiles y religiosos, pero inadaptable á los cuerpos combatientes y armados. La guerra según las circunstancias ambientes y según los empujes enemigos, podía ser ofensiva ó podía ser defensiva. Y en el segundo caso, que á más andar, se aproximaba entonces, necesitaba Francia la mitad, por lo menos, de aquellas fuerzas acampadas en auxilio y guarnición y seguro de las plazas fuertes. Pero esta revolución, hoy mismo zaherida de tantos historiadores monárquicos, cual pululan por otras partes, llevaba en sí una virtud creadora: la virtud fecundísima de suscitar hombres para la guerra santa por los principios revolucionarios, y prestarles un heroísmo, el cual á la Historia hoy asombra con los rebrotes de sus laureles, y con el recuerdos de sus servicios á la fama fatiga. Nunca se ha visto, como entonces, (únicamente con aquello emula nuestra gloriosa guerra por la independencia), pueblos enteros congregar sus hijos y dárselos al ejército; realizar el importe de sus bienes y entregárselo al Tesoro. El gobierno anónimo de la revolución sacaba soldados de las piedras, como los Deucaliones del mitológico diluvio griego. Ardor espiritual se dilataba desde las primeras ciudades á las últimas chozas, esclareciendo con su luz los espíritus, y animando con su fuego los corazones. Aunque no tuvieran otra página en su épica historia las revoluciones, sería este movimiento francés el más glorioso entre todos los recordados por la humana historia. El espíritu público iba organizando aquellas organizaciones militares como el jugo vital organiza las especies en el planeta. La energía suplía á la instrucción; el valor á la disciplina. El ímpetu y el empuje aquellos no han tenido rivales jamás. En cambio, el campo de la Monarquía era un desierto por lo que á entusiasmo respecta. Mientras el voluntario francés salía de su casa para morir por la patria, el soldado imperial y prusiano estaba resuelto á obedecer su consigna y á cumplir sus deberes con la pasividad inerte de una máquina. Parece que los días subsiguientes al diez, debieron impelerles á la toma de una inmediata ofensiva; y aún vacilaron. Basta leer las relaciones germánicas de aquellos movimientos, con su carácter oficial y todo, para sentir y entender cómo afeaban los contemporáneos tal inercia. No supieron aprovechar el estupor general en el ejército, las deserciones de los oficiales realistas, el recibimiento despegado á los emisarios del gobierno democrático, las resistencias al novísimo juramento, la desorganización infligida por el zozobroso paso de un hemisfe-